

—Eso es otra cosa,—responde Duvernet:—lo que no es permitido en un país, puede serlo en otro. En Amsterdam la publicacion es enteramente inocente: en Paris, es un delito; yo he obrado con inocencia y no he incurrido en culpabilidad.

—Sí habeis incurrido,—replicó Lenoir,—y voy á probaros que las dos ediciones son idénticas.

Y enseñó el abate un ejemplar de cada una. Duvernet, aunque aterrado, trató de hacer frente á la borrasca.

—Falta probar,—dijo,—que no me han robado el manuscrito de esta obra.

Lenoir contestó á esta observacion presentando al autor el recibo de la suma que le habia dado el supuesto librero holandés. El abate estaba vencido: bajó la cabeza, y en la misma noche entró en la Bastilla.

Pero los sacerdotes eran presos molestos: se temia que los favoreciera el espíritu de corporacion, en virtud de que una palabra bastaba para ponerlo en juego. Con alguna docilidad no hubiera pasado Duvernet mas que unos cuantos meses encarcelado; mas como se manifestaba impasible, resignado, duró preso cerca de tres años. Vuelto á la libertad, escribió una historia de la Sorbona, que lo volvió á llevar á la cárcel, aunque solo por pocos meses, pues si bien la Bastilla seguia siendo una horrible mansion, los filósofos le hacian una guerra tan obstinada, que el monstruo solia verse obligado á esconder la pata para que no le cortaran las uñas.

Brissot de Varville no salió tan bien librado. Como habia vivido algun tiempo en Inglaterra, y como era uno de los escritores mas notables de la época, se le acusó de ser el autor de los principales folletos publicados en Lóndres contra la corte de Francia. Brissot negó, sostuvo que no habia escrito ninguno de ellos, y que no habia ido á Lóndres mas que para estudiar las costumbres y usos ingleses. Sabido es el caso que se hacia de las protestas y reclamaciones de los desgraciados que custodiaba el marques de Launey: no se puede decir que se las llevaba el viento, porque ni el viento las recogia: hechas de viva voz, quedaban sofocadas entre las paredes; escritas, se les daba carpetazo en la escribanía. Nada obtuvo Brissot: él queria ser juzgado, y ni siquiera se le tomó declaracion. Culpable ó no, su prision no podia ménos de agradar mucho á los ministros, que tenian así un hombre de talento ménos que temer, así como al gobernador, cuyos emolumentos aumentaba.—Tal fué tambien la suerte del marques de Pelleport, que despues de arruinarse en empresas arriesgadas, habia encontrado un modo honroso de vivir en su talento de escritor. Para evitar las infamias de un poder suspicaz, habia ido á fijarse en Lóndres, desde dande enviaba á su muger y á sus cuatro hijos el dinero necesario para su subsistencia. Al principio pareció poco temible, porque hasta entónces no habia publicado mas que obras serias; pero él quiso probar que sabia manejar igualmente el arma del ridículo, y dió á luz un opúsculo intitulado: *El diablo en una pileta de agua bendita*, que era una sátira sangrienta é ingeniosa de los ministros franceses y de lo que se lla-

maba en Versalles el partido de la corte. La obra tuvo una boga inmensa, á pesar de que se vendia á peso de oro, á causa de los peligros que corrian los que la espendian, y circuló por todas partes. Fué el platillo de la conversacion, el único asunto del dia. Desde aquel momento se resolvió la pérdida del marques, y para que volviera á Francia se obró de la manera siguiente.

El marques habia servido en otro tiempo con distincion en las colonias. Al retirarse del servicio, no habia obtenido ni sueldo ni pension de retiro, y se habia abstenido de solicitarla, porque sus proporciones le permitian entónces privarse de ese recurso; y aunque posteriormente habia intentado hacer valer sus derechos, desde que se habia retirado á Inglaterra habian cesado sus pretensiones. De ese arbitrio se valieron sus enemigos. Un dia recibió la marquesa de Pelleport, que aunque vivia en Suiza con sus hijos, se encontraba momentáneamente en Paris, la visita de un oficial que se dijo enviado por el ministro de la guerra, y encargado de manifestar á la señora, cuán de sentirse era que su marido se hubiera constituido gratuitamente en enemigo del gobierno, cuando habia la mejor disposicion para hacerle plena justicia. Agregó que todos los ministros estaban sinceramente afligidos de que un hombre de mérito como el marques, no hubiera solicitado una mision honrosa y productiva, que le hubieran dado en el acto: todos reconocian sus derechos á una pension de retiro por sus antiguos servicios. La aparicion del folleto del *Diablo en una pileta de agua bendita* los habia afligido, sin alterar empero sus buenas intenciones, de suerte que de solo el marques dependia cambiar la posicion precaria en que debia encontrarse, por otra muy honrosa y mucho mas sólida.

Seducida con estas alhagüeñas promesas y con el tono de franqueza que las acompañaba, la marquesa prometió comunicarlas á su marido, lo que se apresuró á hacer. El marques, mas desconfiado, sospechó el lazo, y encargó á su muger que viera al superintendente general de policia Lenoir, uno de los funcionarios mas maltratados en el folleto que metia tanto ruido, á fin de cerciorarse de sus disposiciones para con el autor de aquel escrito.

Lenoir recibió á la marquesa con la mayor amabilidad: le dijo que los ministros trataban en efecto de hacer cuanto pudieran en favor de M. de Pelleport: y que él por su parte tendria sumo gusto en hacerse amigo de un hombre de tan relevante mérito, y de proporcionarle la oportunidad de conocer el error en que habia incurrido al tratarlo tan mal.

A pesar de tantas seguridades, el marques vacilaba en dejar su retiro, en que estaba en seguridad, para ponerse en manos de los hombres poderosos que habia ofendido diciendo la verdad; pero la marquesa insistió tanto que lo determinó. Ah! bien cara debia pagar su credulidad! De vuelta en Paris, Pelleport no tuvo ni siquiera el gusto de abrazar á su muger y á sus hijos. Asaltado en la mitad de la calle por una patrulla de escentos, se le arastró á la Bastilla, sin hacer caso de sus reclamaciones y protestas. De allí escribió á Lenoir y al ministro Vergennes, reconviéndoles por su vil traicion: ya se supondrá cual fué el

paradero de sus cartas. Posteriormente prometió resignarse á su mala suerte, no quejarse nunca de lo que le habia pasado, con tal de que se le permitiera ver de cuando en cuando á su muger y á sus hijos, y de que se les entregara el dinero que llevaba consigo al aprehenderlo. Nada alcanzó.

Júzguese de la desesperacion de su desgraciada consorte, que habia precipitado involuntariamente en el abismo á su adorado esposo. Quiso dirigirse á los que con tanta infamia la habian engañado; pero las puertas que habia encontrado abiertas para perderlo, las halló cerradas cuando trató de salvarlo: tanto Lenoir como los ministros se negaron á recibirla. Privada de todo recurso padeció la mas espantosa miseria, al extremo de no tener que dar de comer á sus cuatro hijos. Entregada á la mas horrible desesperacion, queria morir y arrastrar á su tumba á aquellos cuatro inocentes que Dios le habia dado, y que en vano le pedian pan. Debilitados por el hambre, por los sufrimientos de toda clase procedentes de su absoluta falta de dinero, madre é hijos, abrazados estrechamente en un helado aposento, dirigian al cielo sus últimas preces, dictadas por la marquesa, cuando se abrió la puerta y entró un hombre de bien, el caballero de Pawlet, director de la escuela de los huérfanos militares, á quien se habia dirigido M. de Pelleport, como último recurso y casi sin esperanza.

—Señora,—esclamó el caballero,—qué haceis? Madre de cuatro hijos, debéis tener valor por todos.

—Ah! señor, qué decís! Treinta y seis horas hace que estas pobres criaturas no han comido, y mi valor, por grande que sea, no los puede alimentar.

El caballero no pudo contestar; la indignacion le sellaba los labios. Se apresuró á acudir á lo mas urgente, y luego admitió á los cuatro hijos del marques en su escuela, en la que colocó á la misma marquesa para que asistiera á los chiquillos.

El marques de Pelleport por su parte habia encontrado, por mas que parecia increíble, un amigo y un protector en la Bastilla, en la persona del mayor de la fortaleza, llamado Delosme.

Ese mayor tenia un excelente carácter, alterado por el lugar en que estaba obligado á vivir; pero que recobraba su natural bondad facilmente y se sentia inclinado á las buenas acciones. Delosme cobró amistad al marques, y suavizó cuanto pudo su cautividad. Esto consuela extraordinariamente. ¿Hallar un hombre de bien entre aquellos *verdugos de oficio*, no equivale á encontrar un oasis en medio del desierto? El mayor no podia, sin correr el peligro de perder su empleo, permitir que entraran en correspondencia Pelleport y su muger; pero sí podia dar al desgraciado preso noticia de la marquesa y de sus hijos, y hacia ademas cuanto estaba de su mano. Y sin embargo, ese hombre honrado debía caer despues aplastado por la cólera del pueblo, porque la cólera es por desgracia ciega, y nos atrevemos á afirmar que esos crímenes no emanaron de los hombres ecesasperados que los cometieron, sino de los infames que los provocaron hasta el último momento.

Cinco años pasaron sin que el marques de Pelleport lograra que se oyeran sus quejas, sus reclamaciones, hasta que reanimado su valor y el de sus amigos con un cambio de ministerio, salió de aquel horrible sepulcro, con sumo regocijo del mayor Delosme, que habia contribuido á este resultado con toda su influencia, y con sumo pesar del gobernador, que se seguia quejando de la soledad de sus cuartos.

En esa época fué tambien cuando se metió en la Bastilla á otro escritor, Linguet, de quien ya hemos hablado. Hijo de un antiguo empleado de la universidad, que habia perdido su destino por jansenista, Linguet, despues de una carrera escolástica distinguida, se habia encontrado en el mundo sin fortuna ni protector. Dotado de mucho talento, de facundia, de fácil elocucion, de réplica viva, intentó sacar partido á la vez de todas sus cualidades, y se hizo simultáneamente historiador y abogado. Desdeñando el método rutinario, se declaró en sus escritos adversario de los filósofos, mientras atacaba como abogado en todas ocasiones á los alborotadores del parlamento, falsos amigos de la democracia, que no se proponian otra cosa que sustituir el espantoso despotismo de la toga al de la espada.

Ese era el modo de ganar reputacion; pero no el de enriquecerse ni el de ganar amigos. Los enciclopedistas desacreditaron sus libros. Los abogados lo acusaron de insultos á su corporacion; y mientras unos le cerraban las puertas de la academia, á la que se habia presentado de candidato, los otros lo escluian de su colegio y obtenian del parlamento un acuerdo que sancionaba su decision.

Linguet no se desalentó con sus reveses: estableció un periódico literario, en que criticó uno tras otro á todos los miembros de la Academia, haciendo ver de cuantas nulidades se componia aquel Areópago. Los académicos que hubieran podido contestarle, prefirieron hacerlo callar, y obtuvieron de la autoridad la supresion de su diario. Entonces pasó el autor á Inglaterra, y fundó en Londres un periódico frances, que intituló los *Anales*. Con el talento sarcástico de que estaba dotado y su aficion á las paradojas, no podia ménos de obtener triunfos espléndidos: los *Anales* tuvieron un espendio prodigioso.

Linguet tenia que vengarse de los filósofos que lo habian desdeñado, de los académicos que lo habian despreciado, del parlamento que lo habia espulsado, del colegio de abogados, de los ministros que habian suprimido su primer periódico; se vengó en efecto: su facundia parecia inagotable, é hizo reir á la Europa entera á espensas de sus enemigos; pero al mismo tiempo aumentaba el número de estos. Ultimamente habia atacado con violencia al duque de Duras, con motivo de un pleito que este personaje habia ganado en el parlamento de Rennes, y que hubiera debido perder en justicia. El duque profirió contra el periodista terribles amenazas. Linguet, para que se viera que no era fácil intimidarlo, resolvió pasar á Paris, si bien quiso ántes asegurarse de que los ministros no abusarian con él de su autoridad, con cuyo objeto les escribió y recibió las respuestas

mas satisfactorias. Uno de ellos, M. de Vergennes, despues de contestarle por primera vez, le escribió de nuevo para tranquilizarlo completamente.

« No puedo mas que confirmaros,» le decia, « lo que ya os he manifestado en mi anterior, en que os anuncié, así de parte del conde de Maurepas como de la mia, una plena seguridad para vuestra persona en el nuevo domicilio que os proponéis tomar. Os repito ahora con el mayor gusto la propia seguridad, y la de dejaros en libertad de continuar vuestros trabajos literarios, en la firme persuasión de que no atacarán ni al rey, ni á la religion, ni al Estado.»

Completamente tranquilizado, Linguet, que no estaba muy á gusto en Inglaterra, pasó á Bruselas, donde queria continuar la publicación de su periódico, y de allí se dirigió á Paris. De pronto lo dejaron ocuparse en sus negocios, sin molestarlo para nada. Lo mismo sucedió en un segundo viage que hizo poco despues; pero al tercero, sin embargo de que no habia publicado nada nuevo que pudiera justificar la falta de los ministros á su palabra, se le aprehendió y se le encerró en la Bastilla, en la que pasó veinte meses sin que se dignaran tomarle declaración, sin que le permitieran escribir á sus amigos, ni recibir nada de fuera.

—Señor,—decia al gobernador á los dos meses de su arresto,—estaba vestido de verano cuando me trajeron aquí: el frio ha llegado á ser muy intenso, y la leña que me mandais dar cada ocho dias, seria insuficiente para calentar convenientemente mi cuarto dos. Estoy condenado á morir de frio?

—Caballero,—contestó con arrogancia el marques de Launey,—ó no se debe dar lugar á ser encarcelado en la Bastilla, ó en caso de entrar aquí, es preciso aprender á sufrir.

Sin embargo, poco despues, el marques mandó dar vestidos á Linguet, pero tan estrechos, que de nada le sirvieron, y no se contestó á sus quejas sino con injurias.

En fin, despues de veinte meses de cautiverio, se anunció al periodista que el rey le habia hecho la gracia de desterrarlo á cuarenta leguas de Paris, y se le puso en libertad con orden de partir en el acto. Apresuróse á obedecer; mas volviendo la espalda al lugar de su destierro, regresa á Inglaterra, donde continúa la publicación de su periódico. Entónces fué cuando descubrió todos los misterios de iniquidad de que habia sido testigo. A los fragmentos de las revelaciones que hemos ya insertado, agregaremos las siguientes:

« Es un cuadrilongo de diez y seis toesas de largo por seis de ancho, (1) las paredes que lo cierran tienen mas de seis piés de elevación, sin ventana alguna, de suerte que es en realidad un pozo profundo, en que el frio es insoporable en invierno, porque no tiene salida el aire helado, y en que el calor no lo es ménos en verano, porque el aire no circula, y porque el sol lo convierte en

(1) Linguet habla aquí del patio en que se permitia pasearse á los presos.

« un verdadero horno. Ese es el único liceo, en que los presos á quienes se otorga esa autorización, pues no todos la tienen, pueden sucesivamente arrojar por unos cuantos momentos el aire infecto de sus habitaciones.....

« Ya se concibe qué clase de paseo se podrá dar en semejante sitio, sin abrigo cuando llueve, en el que solo se experimenta de los elementos exteriores lo que tienen de malo, en el que bajo las apariencias de una sombra de libertad, los centinelas que rodean al preso, el silencio universal, y la vista del reloj, único á quien es permitido romperlo, demasiado recuerdan la servidumbre.

« Es curiosa la observación de que sobre ese patio está el reloj del castillo. El cuadrante es bonito; pero no seria fácil de adivinar lo que le sirve de adorno, pues este se reduce á unos grillos perfectamente eaculpidos. El reloj descansa sobre dos figuras encadenadas por el pescuezo, por las manos, por los piés y por en medio del cuerpo. Las dos puntas de esas ingeniosas guirnaldas, despues de correr á lo largo del cuadrante, forman en la parte superior un nudo enorme, y para probar que amenazan igualmente á los dos secos, el artista, guiado por el genio del lugar ó por órdenes terminantes, tuvo el mayor esmero en representar á un hombre y á una muger. Tal es el espectáculo que recrea los ojos del preso que se pasea.....

« Cuando se juzga conveniente que baje un cautivo, bien sea para tomarle declaración, si á tanto llega su dicha, ó bien para ver al médico, si no está bastante enfermo para tener que esperarlo en su caverna, ó bien por un simple capricho del gobernador, no encuentra en todas partes sino el silencio de los desiertos ó la oscuridad. Un graznido fúnebre del carcelero que lo guia, hace desaparecer á cuantos pueden verlo ó ser vistos por él. Las ventanas de la habitación en que reside el estado mayor, en que están las cocinas, en que se recibe á los de fuera, se cubren al punto de cortinas, de postigos, de celosías, y se tiene la crueldad de no proceder á esta operación, sino cuando puede notarla, como para recordarle que á dos pasos de distancia ecsisten hombres, y hombres que tendria acaso el mayor interes en ver, puesto que se toman tantas precauciones en ocultárselos; y esto multiplica sus sufrimientos á causa de sus relaciones.»

Estas revelaciones, ó mas bien esta acusación de Linguet contra la Bastilla, tuvo una boga extraordinaria, que asustó á los ministros. Se llamó al marques de Launey al consejo, en el que sufrió una severa amonestación: se quitaron las figuras alegóricas del reloj: se dió orden á la señora gobernadora de renunciar á su cuarto de baño, y se arreglaron las cosas de modo que no se volviera á interrumpir el paseo de los presos. Desde entónces se hizo tambien un uso ménos frecuente de las órdenes secretas de prisión; pero no se devolvió la libertad á ninguna de las víctimas que gemian en aquella espantosa tumba, y los cautivos mas dignos de interés siguieron recibiendo mas crueles tratamientos, que los malvados indignos de toda compasión por la naturaleza de sus crímenes. Así, por ejemplo, miéntras al conde de Cagliostro, aprehendido con motivo del nego-

cio del *collar*, y que estaba enfermo, casi moribundo, en un cuarto sin fuego, se le negaba el consuelo de ver un momento á su muger, encarcelada á poca distancia de él, se daba al infame marques de Sade el cuarto mas bonito y mas cómodo de la torre de la Libertad: se le permitia entapizarlo á su gusto, y hacerse llevar de fuera cuantas viandas, vinos y licores deseaba. Ese monstruo habia hecho desollar mugeres vivas: habia intentado diseminar en las familias, con libros infames, la mas espantosa corrupcion; pero era un gran señor, y nunca habia criticado en público á los ministros, ni á las cortesanas favoritas, y poco faltaba para que ministros y gobernador lo considerasen como el hombre mas honrado del mundo. Fué sin embargo, trasladado de la Bastilla á Charenton por el motivo de que vamos á hablar.

Se estaba en el mes de Junio de 1789: varios desórdenes habian ocurrido ya en el arrabal de San Antonio, y el gobernador habia creído que debia retirar momentáneamente á Sade el permiso que se le habia dado anteriormente, de pasearse sobre la torre en que estaba encerrado. El marques al saber esta decision, prorumpe en amenazas contra el marques de Launey, y apoderándose de una especie de embudo, que servia para vaciar la agua sucia en el foso, lo convierte en bocina para gritar *fuego, me asesinan, socorro!* y meter tal alboroto, que consigue asustar á los habitantes de las cercanías de la Bastilla, quienes creyendo que se degollaba á los presos, estaban á punto de correr á las armas, cuando se logró desengañarlos. No se habia podido tranquilizar á Sade, sino prometiéndole que lo dejarían pasearse como ántes; pero en la noche se pasó á Charenton, de donde salió en 1792, y en donde volvió á ser encerrado de nuevo por orden de Napoleon, á quien habia osado enviar un ejemplar de sus infames producciones, y allí murió á poco despues.

Cagliostro y su muger, de quienes acabamos de hablar, no eran los únicos llevados á la Bastilla por el negocio del collar, pues al mismo tiempo se habia encarcelado al cardenal de Rohan, á la condesa de Lamothe, á Rosalia Briffaut, camarera suya, al baron de Planta, amigo del cardenal, á Laporte, á Grenier, á Cluzel, y por último á una bonita jóven llamada María Nicolasa Legay, alias Oliva, cuyo crimen se reducía á ser demasiado tierna de corazon, y á parecerse á la reina María Antonieta.

Oliva estaba en cinta cuando entró en la Bastilla, en la que parió, y su amante, que era una especie de caballero de industria llamado Santos Beausire, dió tantos pasos, é hizo al superintendente general de policia tan magníficas promesas, que obtuvo el permiso de ir á visitar á la madre y al niño, y de asistir á la ceremonia del bautismo.

Fué un espectáculo singular el de este bautismo para los habitantes de la Bastilla. Se habia escogido por padrino á un carcelero; la madrina era la partera de la fortaleza, Mad. Choppin, que vivia en la calle del Delfin. El padre, que por casualidad estaba adinerado entónces, quiso hacer las cosas en grande, y pidió de que un diluvio de dulces inundara la fortaleza. El carcelero no cabia

en sí de gusto: la Choppin se envanecía con su título de *partera* de la Bastilla; y Beausire se hubiera complacido con escribir en su sombrero: *yo soy el padre de ese chicuelo*. El niño fué bautizado en la iglesia de San Pablo, y luego se le volvió á llevar con su madre; pero Beausire hizo entónces inútiles tentativas para llegar hasta la hermosa Oliva, con quien en vano ofreció casarse al punto en la capilla de la prision; el gobernador fué inflexible. El matrimonio se efectuó sin embargo, pero despues, cuando la linda jóven salió en libertad.



Poco tenemos que hablar de ese inesplicable negocio del collar de la reina. Quién lo habia robado? La reina sostenia que Mad. de Lamothe, y esta afirmaba que la reina. En lo que no cabe duda es, en que el cardenal de Rohan lo habia comprado sin pagarlo, mereciendo por solo eso los pocos meses de cárcel que sufrió. La prision emperc, fué para él cosa de juego: se le habia alojado en la habitacion del mayor; lo servian sus tres ayudas de cámara, y el rey pagaba por su manutencion cuatro mil quinientos francos al mes. Mas duro fué el castigo, cuando despues de absolverlo, se le desterró á Chaise-Dieu en Auvernia.